

SHIVA

BARRY N. MALZBERG

—Intentaremos París —dijo alguien—. Recuerda París.

Sperber, confiado tan sólo por su asignación de aprendiz, pero aún determinado a ser optimista, se amontona en desorden en los profundos espacios del calculador extra dimensional, resolviendo sus pasos ulteriores. Sperber siempre ha sido del tipo pensativo, no impulsivo, sólo reactivo. Esa es una de las razones para su participación en el programa. Saber tu curso, derivar tu vanidad, moverse deliberadamente hacia una especie de fruición. Aun así él piensa: «¿Cuánto tiempo puedo permanecer lleno de esperanzas haciendo cosas como ésta?»

Aun así él lo ha hecho: permanecer lleno de esperanzas. La oportunidad destella como cuchillos desde la cerca; encogiéndose, su vida es un encogimiento de hombros cósmico, él piensa. Sperber es catapultado al París de 1923; se encuentra a sí mismo, con ninguna transición real, en un pequeño café en los bordes de los Champs-Elysees, donde él parece estar ocupado en profunda conversación con el joven Pol Pot y Charles de Gaulle, ambos nacionalistas, sus expresiones puestas con aplicación hacia un futuro que brilla para ellos, aun cuando Sperber sabe mejor que ellos qué tan problemática será la situación.

—*Excusez-moi* —dijo Sperber en su miserable y pobremente acentuado francés, arrastrando la manga de la chaqueta marrón de de Gaulle.

Inclusive a esta temprana etapa de su vida, de Gaulle parece haber tomado una honradez militar:

—*Je* puedo permanecer sólo un momento. Estoy aquí para darles un vistazo de su futuro, *s'il vous plait*. *¿Comment allez vous?*

Él espera que el traductor haya hecho su milagroso trabajo. No hay forma en que pueda expresarse a de Gaulle en esta peligrosa situación sin la ayuda de ese artefacto. Aun así, parece —como mucho del post-tecnológico del 2218— una estafa. La forma ha llevado a la función al camino hacia la tumba; el calculador extra dimensional, por ejemplo, ha subsumido las causas de investigación o especulación seria.

De Gaulle es insensible a la pregunta de Sperber. Quizás aprensiones premonitorias de La Cuarta República lo han atrapado; él se ve distante, concentrado en algún cálculo de un futuro que Sperber conoce demasiado bien.

Saleth Sar (el nombre de nacimiento de Pol Pot o, al menos, el nombre que él empleaba en sus días de estudiante) blande una copa de té, ve a Sperber con cierta clase de disgusto.

—¿Y yo? —dijo Saleth Sar—. ¿Qué hay sobre mí? ¿Que *s'il vous plait* va a garantizar darme? Mi Francés no es perfecto, pero soy valioso de su atención, ¿no?

Esto ciertamente es verdad. Saleth Sar es valioso de su atención. En su excitación de encontrarse finalmente con de Gaulle, Sperber casi ha ignorado al viejo compañero del general y su rival en debates de estudio.

—Perdóneme —dijo Sperber—. Yo no quería ofenderlo. Soy un estudiante, estoy en este lugar para estudiar y aprender. No es posible para mí saberlo todo.

—Usted no tiene que saberlo todo —Pol Pot dice con reprobación—, pero no es correcto saber nada en lo absoluto. —Él fija agriamente la vista en de Gaulle, toma la copa de té de manos del general y la pone con un porrazo en la mesa—. Pienso que le pediré dejar esta mesa —dijo en seguida—. Usted, después de todo, no fue invitado.

—Tengo que decirles que la intervención Algeriana tendrá un final muy malo —dijo Sperber precipitadamente—. Ambos deben saber esto, también que la decisión de dejar Indochina no dirigirá en modo alguno a la paz. Vuestra intervención será reemplazada por norteamericanos ignorantes que, a cada paso, se hundirán más y más. Eventualmente, los norteamericanos ignorarán los límites de Kampuchea y cometerán múltiples destrucciones. Ninguna buena voluntad vendrá de todo esto, ninguna en absoluto. Un país será deshonrado, otro sacrificado. Ustedes deben comenzar a hacer planes ahora.

—¿Planes? —dijo Pol Pot—. ¿Qué clase de planes se supone que debemos hacer? Usted parlotea del destino, de la destrucción. Pero es la clase de destrucción que precede a la resolución en sí misma. Es vital que la resolución prevalezca, ése es el porqué he sido enviado a París. Para estudiar textos de revoluciones exitosas, para conocer la Constitución de los Estados Unidos entre otras cosas.

Pol Pot era el admirador de los principios democráticos. Sperber había olvidado eso.

En esa época, París estaba llena de futuros comunistas que amaban la democracia, los Estados Unidos y los hábitos sexuales. Era traición, los norteamericanos no tomaron los deseos asiáticos que los habían transformado en revolucionarios, anti-bolcheviques. Pero Sperber había, por supuesto, olvidado mucho en varias de sus misiones; el lapsus aquí no era poco característico, los lapsus lo habían llevado a lo largo de todas esas expediciones, haciendo el asunto mucho más difícil.

De Gaulle se encoge de hombros apenas cuando Sperber se había encogido hacía sólo momentos subjetivos en el calculador extra dimensional. La cara del Francés resplandece con confusión, la misma confusión que sin duda existe en la de Sperber.

—No hay nada que pueda hacer al respecto —dijo Sperber—, o sobre algo más para lo que importa.

Sperber conoce entonces, con repentina y deprimente agudeza de percepción, que él ha hecho todo lo posible bajo estas circunstancias. No hay nada más que pueda hacer, él ha usado el calculador extra dimensional para desviarse a este lugar crucial, ha advertido a los futuros líderes de las consecuencias, ha entregado el mensaje lo mejor que ha podido; ahora la consecuencia —una consecuencia interdimensional por supuesto, una que ha sido impuesta sobre la situación más que desarrollada—, debería ocupar su propia dirección. Es una pena que él no pueda traer documentos, frotarlos en las caras de Pol Pot y de de Gaulle, pero las leyes de la paradoja son implacables y ninguno debe probarlas trayendo una confirmación al pasado. El interlocutor debe establecer su punto a través del fervor, de la credibilidad. No hay datos que lo apoyen.

—¿Qué se supone que debemos hacer? —dijo Saleth Sar—. Usted seguramente no puede creer que basta con darnos una evaluación y simplemente desaparecer. Nosotros no somos tontos aquí, somos gente seria. Aun él es una persona seria —dijo apuntando a de Gaulle—, aunque como todos en su país está lleno de grandes designios y sueños estúpidos. Sueños estúpidos serios, como sea. Usted debe tomar responsabilidad por ello así como tan bien por mucho más.

—Bueno, eso parece suficientemente justo. Quizás lo es «*Regrette*» —dijo Sperber—. ¿Qué más hay por decir?

En sólo un momento, él sacará el calculador extra dimensional de su portapapeles, calculará los diales y hará su partida. También espera que el personal del café no tome el calculador por una granada o un explosivo plástico y que ellos no interpretarán sus intenciones como violentas. Sus intenciones no son violentas, ellas son simplemente pedagógicas en el mejor sentido de esa palabra.

Siguiente asignación: está la entrevista estándar (en toda su desesperación) que ninguno en entrenamiento puede evitar.

—No lo haga. —Sperber por esta razón le dice a JFK, apareciendo en los cuarteles privados del Presidente con la ayuda de su rápido y selectivo instrumento—. No vaya a Dallas a resolver una disputa faccional, las facciones están desesperanzadoramente rajadas, no hay nada que pueda hacer sino interferir y de otra manera... Si va ahí, consecuencias personales horribles seguirán. Ni siquiera menciono el futuro del país.

Kennedy lo ve benignamente, por sí mismo toma otro palillo de pan del montón junto a la mesa, parece estimar a Sperber en una única y favorable luz. Jacqueline está acomodada escaleras arriba. Dave Powers está paseando en los corredores afuera. Es una noche quieta en el otoño de 1963, más quieta que la mayoría y, por esa razón, buena para una sesión por el calculador. Sperber ha venido a Kennedy silenciosamente, sin ningún disturbio adicional.

—Usted no es el primero de quien he oído esto, ¿sabe? —dice Kennedy—. Ha habido un grupo entero de ustedes que han venido misteriosamente con una petición similar en las últimas semanas. Es una buena cosa saber que yo sólo estoy alucinando. ¿O ustedes son realmente emisarios del futuro en un plan de entrenamiento? Eso es porque estoy comenzado a creerles, pero no puedo tener una respuesta derecha de alguno de ustedes. Me chocaría como una explicación más razonable que todos ustedes sean realmente actores, y Lyndon sea más demoníaco de lo que yo pienso, tratando de enloquecerme aquí. Pero yo no creo estar loco, pues tengo una inteligencia robusta, rigurosa y reconozco un halcón de un serrucho.

Sperber sabía por supuesto de todos los otros. Kennedy en el otoño de 1963 era una de las destinos más populares, al contrario de Saleth Sar y de Gaulle en el café que era realmente inusual y casi secreto. Ciertamente, Sperber nunca haría su conocimiento de ese sitio público. Aún así, tú no podías sólo usar los destinos populares; tú tenías que hacer alguna advertencia original y replicar o arriesgar a fracasar, en la imitación, la desatención de los asesores. La historia alterna no era solamente una odisea sino un trabajo de arte, tenía que ser moldeada particularmente.

—¿Que puedo hacer para convencerle que soy diferente de los otros? —dice Sperber—. Yo soy un especialista, trabajo en causalidad histórica, como causa inicial, en motivación original, que ha sido mi campo de estudio por años y si no tuviera esta oportunidad, estaría abandonando el futuro a consecuencias negligentes. Tiene que significar más que eso.

—No puedo meterme en argumentos de ese tipo —dice Kennedy, y se arrellana en su silla suspirando un poco a medida que su débil espalda es desviada momentáneamente de su eje—. Todos ustedes son tan insistentes, todos ustedes parecen tan convencidos de portar las respuestas reales.

Le sonrío a Sperber, su sonrisa encantadora, la sonrisa que había sido preservada en todas las historias vivas o muertas a través de los centenares de años entre ellos, entonces acaricia a Sperber en la mano.

—Es un destino predeterminado de todos modos —dice Kennedy—, y si no estoy equivocado ya ha pasado de todas formas desde su perspectiva.

—Ha pasado —dice Sperber, deseando que él hubiera manejado una educación universitaria de modo que pudiera poner esto en términos más sofisticados. Los intercambios no eran una buena cosa que hacer, este trabajo era realmente muy delicado para alguien entrenado fundamentalmente como técnico pero, aun así, era el único modo en que el trabajo podía ser financiado—. Está pasado y pasado, pero hay una oportunidad, sólo una oportunidad, para que usted evite en el futuro los eventos que conozco tan bien, de modo que puedan ocurrir de un modo distinto. Yo no hago esto por recompensa —agrega Sperber innecesariamente—. Tengo un interés genuino en mejorar la calidad de nuestras vidas en el presente.

—Bien —dice Kennedy—. Bueno, bueno, no hay respuesta a ello entonces, ¿la hay? No hay cancelación del viaje y compromisos políticos a este tiempo tardío a menos que haya un desastre demostrado esperando ahí y sabemos que ese no es el caso. Lo siento, amigo —concluye Kennedy, acariciando el brazo de Sperber casi amorosamente—, simplemente no hay otra opción al respecto. Además, estoy aburriéndome un poco de estas visitas. Me distraen y, de todas formas, no hay nada que yo pueda hacer para cambiar la situación.

—*Je regrette* —dice Sperber en un francés pobremente acentuado, transportando su respuesta de una entrevista anterior—. *Je regrette* todo esto, señor presidente, pero es importante para usted entender las consecuencias...

—No hay consecuencia —dice Kennedy—, sólo resultado. —Y Sperber en un repentino y audaz prisma de luz, una expulsión que parece venir del mismo intelecto de Kennedy, que dispara y concentra sus rasgos, bañándolos en una maravillosa y terrible vida, entiende que Kennedy está en lo correcto, que él está mal, que ha estado persiguiendo consecuencias a una distancia en el camino que un pelotón de guardias con rastrillos pudiesen arrastrar la línea de una procesión. Sperber no es más consecuente a Kennedy que una multitud tal podría serlo a la procesión.

—No lo haga —dice él sin embargo, agarrando la oportunidad lo mejor que puede—. Usted aún no debería hacerlo, sin importar que tan correcto se sienta, usted estará rodeado por enemigos, vituperado por una multitud que lo repelerá, entonces usted perecerá entre rosas. Usted tiene que escucharme —agrega Sperber, y le da tirones intensos al calculador extra dimensional para obtener alguna clase de respuesta ya muy tarde, pero él está dispuesto a tratar de hacer que Kennedy escuche a la razón, incluso

ahora que la tormenta comienza en sus vísceras y se siente a sí mismo partir aun de otro prisma de historia, derramado a través de un presente fútil y perpetuo.

Sperber se fuerza a sí mismo a estar dirigiéndole la palabra a Albert Einstein en una cafetería espantosa en los días de estudiante de Einstein, el uniformado Albert royendo un oloroso salame, cálculos y ecuaciones tachadas en la mesa entre ellos.

—No haga esto —dice Sperber en lo que parece ser una desesperada apelación final—. No lo haga, no complete las ecuaciones, no extraiga las conclusiones: esto llevará a la teoría del campo unificado, esto llevará de una devastadora anomalía a la siguiente, esto desencadenará las fuerzas de la destrucción atómica sobre una humanidad desgraciada y penitencial. ¿No entiende eso? ¡Hágalo a un lado, hágalo a un lado!

Einstein, otro sitio infrecuente, fija la vista en Sperber con una especie de terror; no para él como la fría indiferencia de Kennedy, ni el fanatismo político de Saleth Sar y de Gaulle. Einstein está completamente sorprendido, casi con desesperanza, como Sperber cuando fue informado, cinco o seis horas subjetivas antes de su misión.

—¿Cambiar la historia? —había dicho Sperber—. Ni siquiera puedo deletrear la historia —y similarmente Einstein se encoge de hombros sobre su ecuación, fija su mirada hacia Sperber en una fusión de timidez y disgusto—. No puedo moldear la historia. Ni siquiera me conozco bien a mi mismo. —Sperber, el estudiante, había gritado cuando fue informado de su misión y el implacable resplandor de sus caras cuando ellos como respuesta habían empujado el calculador extra dimensional en sus manos fue como el resplandor del salame que Einstein tenía en una mano hambrienta, sin esperanzas.

—Yo no sé de qué está hablando —dijo Einstein—. La Física es una materia demasiado difícil de entender para mí. Nada puedo hacer, ¿no lo sabe? No puedo hacer nada en absoluto. —En la desesperación de Einstein, Sperber puede dar una ojeada al Einstein mayor, la figura santa y de ocre rojo cuyo retrato adorna aquel sitio, un mohoso extracto de los periódicos, que tocaba malamente el violín en Princeton y culpaba a todos los demás por la bomba.

—Sí, usted sí puede —dice Sperber, y resiste el impulso de recitar en Francés otra vez, el lenguaje de la diplomacia: *le ha sido dicho*, pero eso sólo es otra idea chiflada de los asesores—. Usted puede hacer algo, todos ustedes pudieron hacer algo, ustedes tienen que asumir responsabilidades, ¿no lo ven? Ustedes deben asumir responsabilidades por lo que nos han dado a nosotros.

Sperber tendría mucho más que decir pero el sonido de los asesores es repentinamente enorme en la tierra, y Sperber se encuentra, como sea contra su voluntad, varado como polvo recombinándose en las espirales del calculador.

Él es traído de vuelta.

Él estudia el paisaje, los rostros de los asesores, ninguno sin —sorprendentemente— cambio alguno. El programa se mantiene, después de todo, por fracaso. ¿Cuál es el punto en resistirse?

—Oppenheimer es el siguiente —alguien le dice a él—. ¿Estás preparado para Oppenheimer?

Bueno, no, de hecho él no lo está, pero Sperber trata de ser lo más esperanzador posible. Él es Shiva después de todo, el destructor de mundos.

FIN

Libros Tauro